

La crisis de los Países Bajos
a la muerte de D. Luis de Requesens

POR

ENRIQUE MARTINEZ RUIZ

Año 1575. Fecha clave para la monarquía de Felipe II. La amplia política externa de Carlos V había comprometido seriamente la estabilidad económica de la monarquía española, como no tardaría en comprobar su hijo a poco de ser titular de la corona de los reinos hispánicos. El despliegue filipino no era el remedio más idóneo para semejante dolencia que se arrastra sin sanar y produce en 1575 la segunda bancarrota de Felipe II. Sus consecuencias se notarían, más o menos intensamente en todos los dominios españoles, según las circunstancias por los que éstos pasaban y ningunas tan especiales como las de los Países Bajos.

En efecto. Si 1575 era un año clave en el reinado de Felipe II, 1576 lo es para la política flamenca a raíz de una serie de hechos específicos que se suman a los provocados por la bancarrota. Esta se produjo cuando había fracasado el intento de solución que el Duque de Alba encarnara y cuando se podía presumir igualmente la falta de éxito total que D. Luis de Requesens alcanzaría en su gestión. A pesar de la guerra y marginada la importancia del mercado español, que no era poca, para el comercio flamenco, Flandes jugaba un papel fundamental para España en el terreno financiero y comercial evidenciado a lo largo del siglo XVI. No en vano el círculo mercantil español en Amberes, junto con el portugués, era el más nutrido de los extranjeros y en torno a 1560 llegaba a los trescientos mercaderes¹. De los Países Bajos recibíamos tejidos, armas, mercurio y otros metales, instrumentos y herramientas agrícolas e industriales, cereales y pertrechos navales, aunque en

1. Para estas cuestiones véase GORIS, J. A.: *Etude sur les colonies marchandes meridionales (Potugais, Espagnols, Italiens), a Anvers de 1488 a 1567*; Lovaina, 1925 (concretamente, pág. 70) y VAN DER ESSEN, L.: *Contribution à l'histoire du port d'Anvers et Charles Quint (1553-1554)*, en «Bulletin de l'Académie royale d'Archéologie de Belgique», t. III. 1920, págs. 39-64.

muchos de estos efectos solo jugaban un papel de intermediarios². A estas realidades e imperativos, a los que Felipe II no pudo sustraerse, hay que añadir las diferencias religiosas. El desarrollo del calvinismo en aquellas tierras preocupó seriamente a nuestro rey y fue un aliciente más para sojuzgar a los súbditos rebeldes³. Para ello, envió infructuosamente al Duque de Alba con un ejército. Las tropas exigían una pagas que aportarían su grano de arena a la bancarrota que se avecinaba. D. Luis de Requesens, sucesor de D. Fernando Alvarez de Toledo en el gobierno de los Países Bajos, tiene entre sus muchas preocupaciones, las de atender no sólo las pagas de estos soldados que llegaban con retraso creciente, sino también las deudas de la Corona, obligaciones que asume sobre si y lo dejan en la más completa ruina.

La falta de puntualidad en el abono de soldadas jalona de motines nuestra historia militar en los siglos XVI y XVII, entre los que destaca el producido en Flandes en 1574, poco después de la victoriosa batalla de Mook. Estalla el 14 de abril y constituye seria preocupación para D. Luis de Requesens y su estado mayor hasta el 24 de mayo, fecha en que el Comendador Mayor de Castilla logra reunir lo que se les debía⁴. La quiebra filipina hizo revolotear nuevamente el espectro del motín en Flandes, pero en esta ocasión D. Luis ya no veía la solución. La muerte se le interpuso. Su desaparición viene a complicar tremendamente el ambiente flamenco, enrarecido ya y ahora asfixiante para los españoles. Sólo se vislumbra la luz cuando llega D. Juan de Austria. Pero para entonces sucesos graves han ocurrido. Tan graves que no se duda en sacar a los tercios es-

2. A cerca de la necesidad española de estos artículos, sobre todo de cereales, maderas y otros efectos imprescindibles para la vida marinera, consúltese VAZQUEZ DE PRADA, V.: *Lettres marchandes d'Anvers*, 4 vols. París, 1960-61. VIÑAS MEY refleja la importancia de las relaciones comerciales flamencas en *Los Países Bajos en la política y en la economía mundial de España*, Madrid. 1944.

3. Remitimos a la obra de HALKIN, L. E.: *La Reforma en Belgique sous Charles Quint*, Bruxelles, 1957 y al artículo de DIERICKX, M.: *La politique religieuse de Philippe II dans les anciens Pays-Bas*, en «Hispania», t. XVI, 1956, pág. 130 y ss.

4. Este fue el «gran motín». Pero no fue el único. Bernardino de MENDOZA en sus *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Payses Bajos desde el año 1567 hasta el de 1577*, Madrid, 1592, en los libros XII, XIII, XV da noticias al respecto, como Famiano STRADA en su *Guerra de Flandes*, dic 1, Lib. VIII. José ALMIRANTE dedica un «capítulo especial» de su *Bosquejo de la Historia Militar de España hasta fin del siglo XVIII*, Madrid, 1923, a los motines flamencos con referencias bibliográficas a estas cuestiones; consúltese el t. III, págs. 55 y ss.

pañoles de Flandes con la esperanza de lograr una paz más que utópica. Cuando D. Juan tenga que lanzar su angustiada llamada de socorro, ya no volverán los mismos hombres de antes. Se impone un cambio completo. Por eso, la muerte de D. Luis de Requesens no es solo el comienzo de un paréntesis agobiante para el dominio español en los Países Bajos, es también el final de la actuación militar en estos parajes de unos hombres que llegaron con Alba, hombres que por su experiencia y conocimientos del problema flamenco fueron el nexo, la continuidad entre D. Fernando y D. Luis. La marcha de estas figuras secundarias tiene el valor de una ruptura con la situación precedente, equivale a la clausura de un período, es el final de una época y la apertura de un nuevo intento a cuyo frente se situa D. Juan de Austria.

Desaparición de Requesens. Comienza la confusión.

A las cuatro de la madrugada del 5 de marzo de 1576, Jerónimo de Roda escribe a Felipe II: «En fin Nuestro Señor ha sido... servido llevarse al cielo al mejor criado y ministro y al más fiel vasallo que V. M. tenía en su servicio»⁵. Así se entera el rey español de la muerte del Comendador Mayor de Castilla. Lo que, quizás, no supiese con tanta claridad es lo que se cernía sobre las tropas españolas en Flandes, donde el sitio de Zierikzee seguía con muestras de ser eterno. El fuerte Krimpen, indispensable en la estrategia requesiana, se había rendido el 21 de febrero. El bloqueo español de Woerden continuaba, pero sin tanto tesón pues las tropas estaban cercanas al motín por no haber recibido pagas desde hacía un año. En el Brabante la caballería, desparramada, vivía sobre la tierra que pisaba. En el resto del territorio el panorama era semejante. La ciudadela de Amberes, bastión español imprescindible para cualquier dispositivo táctico, permanecía inamovible bajo el cuidado de Sancho Dávila, su «castellano», que en el momento de morir D. Luis estaba fuera de ella y en la carta que se da cuenta de dicha muerte, señala la angustiada situación en que quedaban los Países

5. Vid. GACHAR, L. P.: *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*, *Chronica Nova* 7, 1972, 5-34

Bajos⁶. Advierte a su rey de todos los males presentes y de los que de ellos se pueden derivar, para finalizar así: «Yo me volveré luego a la ciudadela de Amberes, donde estaré, y en lo que me avisaren y vieren del servicio de S. M. haré en todas las ocasiones lo que voy a ello obligado, sin alzar la mano a lo que toca al armada de mar⁷. procurando se entretengan y se hagan los efectos y servicios más necesarios hasta que V. M. en todo mande lo que más sea de su servicio»⁸.

D. Luis deja como sucesores a Berlaymont, en todos los asuntos civiles, y a Mansfeld, para los militares. Previsión inútil. Ambos fueron ignorados. Los Países Bajos caminan al caos, caos en el que todos se sumen menos Sancho Dávila, el único que mantiene la cabeza serena y nunca perderá las riendas en los alocados meses venideros. La situación no era para menos.⁹

Sin hacer caso de las indicaciones de D. Luis de Requesens, el Consejo de Estado reclamó y se hizo con el poder. Felipe II se lo confirmó de una manera oficial el 24 de marzo. En el Consejo sólo había dos españoles en aquellas fechas, Luis del Río y Jerónimo de Roda. Viglius, viejo ya, era incapaz de contrarrestar a Berlaymont y Aerschot, nombrado sucesor de D. Luis por este organismo cuyos miembros se mostraban tan recelosos de Felipe II como de Guillermo de Orange sin darse cuenta de que no eran tiempos adecuados para nadar entre dos aguas. Desde ahora, los jefes de las tropas españolas tendrán que actuar por propia iniciativa y entre ellos muy pronto destaca Sancho Dávila, el de más prestigio y ascen-

vol. II; Bruxelles, 1858, págs. 450-453.

6. A título informativo citaremos los siguientes trabajos sobre D. Luis de Requesens: DOMINGO BAZAN, A.: *Biografía de D. Luis de Requesens* en «Colección de Catalanes ilustres. Biografías». Vol. II. GARADO Y FONT, F.: *D. Luis de Requesens, Comendador Mayor de Castilla*, Madrid, 1902. MARCH, José María: *El Comendador Mayor de Castilla, D. Luis de Requesens, en el gobierno de Milán, 1571-1573*, Madrid, 1943.

7. Vid. COLECCION de documentos inéditos para la Historia de España (CODOIN), t. XXXI, Madrid, 1859, págs. 40-43

8. El t. IV de la obra de GACHARD ya citada se refiere precisamente al período que nos ocupa siguiendo de cerca las alternativas habidas en el Consejo de Estado y en los medios más estrictamente oficiales. La seguiremos, pero remitiendo preferentemente al CODOIN, más útil para nuestra intención de reflejar estos meses a través de las vivencias de esos personaje de segunda fila, cuya importancia no se ha resaltado suficientemente, en especial la de Sancho Dávila, según veremos en los hechos que recogemos en estas páginas.

9. Véase el desolador cuadro recogido por ALMIRANTE, op. cit., t. II; pág. 281.

diente sobre los soldados y muy considerado por todos. La dispersión de los efectivos, repartidos por el territorio, será el primer obstáculo a salvar.

El rey español notifica a Sancho Dávila, con quien cambia cartas y despachos, su decisión de entregar interinamente el gobierno al Consejo en una misiva, en la que dice: «... tenía yo por muy cierto que en esta y en todas coyunturas y ocasiones me habeis de servir de la manera que siempre lo habeis hecho, y espero que con la orden y autoridad que he dado a los del Consejo de Stado pasará bien lo del gobierno de esos países, entre tanto que lo proveo en persona cual conviene, que será con la brevedad posible como lo advertís»¹⁰. Más explícito es en otra: «... entre tanto nombro persona para el gobierno general desos estados, lo he encomendado al cuerpo y collegio de mi Consejo de Estado que en ellos reside de la manera que lo tenía el Comendador Mayor de Castilla... y que mi intención y voluntad es que obedezcais al dicho Consejo y cumplais sus órdenes por todo el tiempo que tuviese la dicha autoridad; y si todos o alguno dellos fuesen a ese castillo, o enviaren alguna persona o personas, los dejaréis entrar en él, sobre presupuesto que de su buena guarda y seguridad teneís el cuidado que se requiere, que bien sé que no es menester encomendároslo porque tengo por cierto que en ello y en todo lo que tocare a mi servicio hareís siempre lo que habéis hecho, que lo tengo muy presente y con mucha satisfacción dello, y así terné con vuestra persona la cuenta que mereceis»¹¹.

Esta carta es bastante expresiva porque nos muestra a Felipe II, el rey más poderoso del momento, dando toda clase de explicaciones a un simple castellano, cargo de poco relieve en la complicada maquinaria de guerra de la España del siglo XVI, pero las circunstancias han colocado al castellano de Amberes en una situación insólita, demasiado importante para que la detente un hombre con tan poca graduación militar y sin pertenecer a la alta nobleza. Aún así nos parecen estas circunstancias demasiado simples para que Felipe II descienda a explicarle tantas cosas. Además, creemos que

10. Carta fechada en Madrid a 3 de abril de 1576. Vid. CODOIN, t. XXXI, págs. 43-44.

11. La carta de expide en Madrid el 24 de marzo de 1576 y es duplicada el 3 de abril del mismo año. Vid. CODOIN, t. XXXI, págs. 44-45.

las últimas frases, tan laudatorias, van encaminadas a suavizar la medida de entregar el gobierno al Consejo de Estado y pedirle la sumisión a él. ¿Qué pasa por la mente del rey cuando escribe esta carta? Quizás, Felipe II no estuviera muy seguro de la obediencia de Dávila por los últimos acontecimientos. Quizás, el soberano intuye en él, también por los últimos sucesos en los que su valía y recio carácter quedan manifiestos, a uno de esos hombres de los que el tímido Felipe II recela. No cabe duda de que la confusión imperante alcanzó todas las esferas y nos inclinamos a creer que en la actitud del rey se mezclarían las dos consideraciones apuntadas, según un documento con el epígrafe *Lo del Cardenal de Granvela* y «Flandes, año 1576» por toda data¹². Se dice en él que los flamencos no quieren gobierno de extraños y continua así: «Que Sancho de Dávila y Julián Romero con las ocasiones han tenido a su cargo más cosas de las que les competen por razón de los suyos; que a estos y a cualquier otros era de parecer que no creyese, antes procurase que éstos fuesen a otra parte, y en su lugar vallan allí otros de nuevo» ¿Desconfiaba Granvela de Sancho Dávila y de Julián Romero? ¿Desconfiaba también Felipe II? ¿Se les consideraba perjudiciales en el desarrollo de los acontecimientos flamencos? Sea como fuere, el rey quiere atar corto a Sancho al verse, por el momento, en la imposibilidad de prescindir de sus servicios, ya que era el más popular entre los hombres de armas, el único que podía solventar la situación si ésta empeoraba y a quién únicamente oirían los amotinados, toda vez que su conducta en motines precedentes había facilitado mucho la solución¹³. Por lo demás, en el referido documento ya queda apuntada la idea de sacar de Flandes a todos los jefes militares que participaron en los hechos de armas de los últimos años.

Mientras tanto, las tropas españolas comprenden por instinto que se acercan malos días. Inician unos movimientos para situarse de forma que puedan apoyarse mutuamente y con rapidez. Su le-

12. Vid. CODOIN, t. XXXI, págs. 45-56. El documento recoge informes de Granvela a Felipe II para que este su vez, los trasmita a D. Juan de Austria por lo que debió ser escrito antes de que el hermanastro del rey viniera a la península para incorporarse a Flandes.

13. Vease, por ejemplo, las noticias contenidas en el CODOIN, t. XXX, págs. 461, 465, 496 y t. XXXI, págs. 5 y ss. También, MENDOZA, B. de: *op. cit.*, libro XII, fol 246 vto.

vantista actitud por falta de pagas no decae un ápice porque al igual que los flamencos no quieren extranjeros para su gobierno, ellas no toleran como jefe a ninguno que no sea español y militar. En el Consejo que intenta asegurarse el control de las fuerzas hispanas colocando a su frente personas de confianza, solo ven flamencos y al contemplarlos en su actuación, si no antiespañola, sí indiferente con relación a España, mantienen sus bríos y peticiones. Estos hombres miran amenazadoramente la capital y el Consejo, alarmado y temeroso, trae a Bruselas valones y guardias locales para que la defiendan.

Las cosas empeoran por días. El odio a los españoles se intensifica. La figura sucesora de D. Luis de Requesens no se sabe cuando llegará. Sancho Dávila no puede permanecer impasible. Aquellos estados se conservan gracias a un esfuerzo común en el que él llevó gran parte. Militar y jefe nato, detesta el estado a que está llegando el ejército y sin, pensarlo más, actuará por cuenta propia, al margen del Consejo. A pesar del ambiente, escribe a Zayas el 25 de abril desde Amberes y le dice que no teme por el momento ninguna invasión por parte de los enemigos y si la hay, se podrá rechazar, pero la amenaza persistía: «todo esto está pacífico, aunque el país está armado», pide dinero y espera —advierte— que Zierikzee caiga pronto¹⁴.

Para prevenir cualquier contingencia desagradable, y consciente de la responsabilidad que tiene con la ciudadela de Amberes, clave en la defensa de los Países Bajos, manda a Madrid unas largas y detalladas relaciones con los pertrechos y efectos necesarios para seis meses¹⁵. Relaciones enviadas al rey a quien sigue haciendo ofrecimiento de su lealtad. ¿Presiente Sancho la postura falsa que tenía ante su monarca o quiere señalar que sus movimientos e iniciativas no se interpreten torcidamente? La carta que escribe a Felipe II en contestación a la que recibiera notificándole su decisión sobre el Consejo, es una protesta de sumisión y obediencia¹⁶.

La tendencia a empeorar que la situación manifestaba no le pasa desapercibida a Sancho Dávila y las relaciones enviadas a

14. Carta vid. CODOIN, t. XXXI; págs. 46-47

15. Relaciones enviadas con una carta el 23 de abril. Vid. CODOIN, t. XXXI, págs. 49-50.

16. Vid. CODOIN, t. XXXI, págs. 47-48.

España sobre el abastecimiento de la ciudadela así lo demuestran. Destaca en ellas especialmente la situación lamentable de la artillería, de la cual manda una relación muy pormenorizada, pide más piezas y espera que le arreglen aquellas de que dispone. El análisis detallado de todo lo que solicita nos muestra en demasía cuán cumplidamente entendía su oficio. Los más recónditos pormenores, los más nimios detalles, que en un asedio pueden ser claves, allí están reflejados y previstos. Con una clara visión militar, Dávila intuye la amenaza latente y se dispone a esperarla bien pertrechado. Nadie podría entrar o salir de Amberes sin su consentimiento.

Mientras tanto, Mondragón mantenía obstinadamente y contra no pocas dificultades el cerco de Zierikzee. Sancho Dávila deja la ciudadela a cargo de su teniente y parte hacia el norte, según órdenes del Consejo de Estado, para ayudar a Mondragón a concluir felizmente una empresa que se alargaba más de lo deseado. El 20 de junio escribe el secretario Zayas¹⁷ dándole buenas noticias sobre la ciudad cercada en una carta, con todo un plan de campaña que su espíritu previsor le hace idear y exponer para tan pronto cayera Zierikzee. Dice así: «Lo que me parecería... convendría ejecutar... siendo tan buena razón del año, y teniendo comodidad de navios al propósito para meter gente en la isla de la Plata, que en ella no hay fuerza si no es en la cabeza del village un fuerte de tierra, y la isla es de mucha comodidad para la armada y gente de los herejes y para la prisión, como v.m. sabe, y della recibe mucho daño en Brabante... Así mismo desta isla de la Plata se podrá pasar a las demás islas de Holanda y a la Brilla con la comodidad de los navíos que digo, yendo tomando los canales, estrechos y los bajíos...». Pide hombres y dinero y continua: «y sobre lo que arriba digo, si a V. m. pareciera llevar alguna razón, S. M. envíe luego orden y previsión... yo la tengo [la armada] a cargo, como v. m. habrá entendido. Si entiende S. M. que en hacerlo no piensa le he hecho el mayor servicio, y a mi mayor fuerza en encargarme della que en cosa de cuantas le he servido, y que he padecido mayores trabajos, gastos y peligros que en cosa de mi vida, y me encargué della por ordenármelo el Comendador... y no por ningún otro designio, y así pareciéndole a S. M. otra cosa y de cualquier manera

17. Vid. CODOIN. tomo XXII, págs. 59-62.
Chronica Nova 7, 1972, 5-34

recibiré yo mucha merced en que la encargue a otro... convendrá que v. m. me haga merced de tener la mano para que se me haga merced en recompensado de lo que he servido y gastado de mi hacienda». Acaba diciendo que no ha ido a los requerimientos del Consejo, a quien comunicó su plan estratégico detalladamente para toda la campaña, por tener cosas que hacer más importantes. Firma la carta en Ouquerque. en la isla de Beveland. En ella nos muestra su descontento por tener a su cargo la armada; un soldado de infantería y de caballería nunca ha sido buen marino y lógicamente, tendría que sentirse inseguro y molesto en el puente de un navío y sintiendo sobre sí la responsabilidad de toda la flota.

El 1 de julio de 1576 está en el campo sitiador de Zierikzee. Allí se hallaba cuando el Consejo lo reclama en Bruselas y, desde allí, vuelve a escribir a su rey, recordándole la necesidad de abastecer su ciudadela e insiste en los proyectos a realizar una vez acabado el cerco.

La seguridad con que dispone de los hombres y los planes que da, os lo muestran como jefe militar de todas las tropas en Flandes, si no de derecho, sí de hecho. Al día siguiente, 2 de julio, tras largos parlamentos, que habían comenzado el mes anterior, la ciudad sitiada capitula. Mondragón, previa consulta al Consejo, permitió la salida libre mediante pago en efectivo de doscientos mil florines.

Al igual que en ocasiones anteriores, como si fuese una costumbre o una operación bélica más, las tropas se amotinan. Acabada felizmente la empresa, satisfecho el honor militar y las exigencias del valor, las tropas se declaran en abierta indisciplina hasta que reciban sus sueldos atrasados. Abandonan a Mondragón y se dirigen hacia el Brabante, pues temían quedarse en aquella tierra de naturaleza arisca y gente con el espíritu adverso. La meta de los amotinados no será esta vez Amberes, que queda en un segundo término, sino Bruselas o Malinas. El Consejo, al tener noticias de este nuevo motín, declara a los que lo hicieron fuera de la ley y autoriza su exterminio por cualquier medio o procedimiento. Los amotinados, al ver tan fea perspectiva, se refugian en Alost, considerando las enormes dificultades que tendrían que vencer en ambiente tan hostil. Mil seiscientos aproximadamente son los que se encierran en Alost, mandados por el *electo* Navarrete, hombre ínte-

gro, magnífico soldado y de buenas cualidades para el mando, como demostrará a lo largo del tiempo que dure su postura. El bando que los coloca fuera de la ley tiene consecuencias nefastas, ya que ellos son españoles y el pueblo interpreta que son todos los españoles los que quedan fuera de la ley.

Al principio, los amotinados no pensaban tomar una postura tan radical, pero la torpe conducta del Consejo y los deseos de exterminarlos de que hizo gala el vecindario, les obligaron a encerrarse y mantenerse en Alost, como si estuviesen cercados en territorio enemigo. Alost era una ciudad sólidamente amurallada. Defendida por aquellos hombres era prácticamente inexpugnable y en los Países Bajos no había, por el momento, fuerza humana capaz de hacerles salir; solo cuando ellos quisieron, la abandonaron. Un hecho que demuestra lo moderado de su postura inicial, fué el que no cometieron ninguna clase de desórdenes. Su marcha sólo se diferenciaba de las que hacían dentro de la disciplina en que en ésta última iban sin oficiales. Hasta 1590 no volveremos a encontrarnos con otro motín de importancia.

La impopularidad española crece en el país. Bastantes españoles son muertos, amparándose sus asesinos en el edicto lanzado contra los amotinados. En Bruselas, la situación es especialmente grave; la chusma mata a un servidor de Jerónimo de Roda; éste, Julián Romero y Alonso Vargas son encerrados y aislados totalmente; sus altos cargos serían la salvaguardia de sus vidas. El Consejo terminará en idéntica situación, aunque se empeñe en negarlo. Sancho Dávila desea salir con sus hombres y resolver la situación por la vía rápida; pero la obediencia a su Rey, que le recomendó sumisión al Consejo, lo detiene.

Sancho Dávila y el Consejo

El plan de operaciones a realizar, una vez acabada la toma de Zierikzee, lo comunica al Consejo el Castellano de Amberes en un escrito encabezado así: «Recuerdo que Sancho de Avila dió a los del Consejo de Estado»¹⁸; no tiene fecha, pero debió enviarlo en los

18. Vid. CODOIN, tomo XXXI, págs. 67-68. «Recuerdo» muy expresivo del sentido táctico y estratégico de Sancho Dávila así como de la situación que gozaba por aquellos días.

días finales de junio, toda una vez que la correspondencia entre ambos empieza, de forma más asidua, el 13 de julio; a principios de este mes, el Castellano aún andaba por Zierikzee, allá en el norte; además lo debió de entregar antes de salir para dicha ciudad, a fin de perder menos tiempo una vez caída en poder real la plaza en litigio.

En dicho recuerdo, Sancho Dávila expone: «lo que el vicealmirante Adrian Jacob Jasen le ha comunicado acerca del modo que le parece debe tener para pasar adelante y ocupar las islas de Plata y Curree, que es cuasi una porque se puede ir a pié de una a otra, y Putte, Puters House, Portugal y Selmonde, y Cudesant». Dávila analiza y sopesa cuidadosamente cada uno de los momentos de esta empresa, considera los pro y los contras del más mínimo detalle; hombres, guarniciones, itinerarios, tiempo, etc., están perfectamente ajustados. Sin embargo, el plan no se realizó.

Mientras que los españoles estaban ocupados en asegurarse el terreno que pisaban, en el mar, ausente la flota española, campeaba sin la menor traba la enemiga, que se establece en el canal de Amberes e interrumpe el abastecimiento de la ciudad de Dargus, que se hacía a través de Amberes. La situación en aquella ciudad estaba al borde de ser crítica y se dirige al Consejo para preguntar si puede abastecerse pidiendo permiso al enemigo; el Consejo no responde inmediatamente, y el 13 de julio¹⁹ se lo notifica a Sancho, al mismo tiempo que le pregunta si existe algún medio para expulsar del canal al enemigo. Dávila pensará la respuesta durante unos días y el 19 la comunica, indecisa en lo que se refiere al permiso del enemigo para comerciar, que decida el Consejo sobre este punto; él, como soldado, prefiere la lucha a la capitulación, pues así considera dicho permiso. Advierte que en unos quince días tendría dispuestos veinte barcos y varios pontones; pagándoles algo, encontraría la tripulación necesaria; no ignora que el dinero es escaso, pero la necesidad merece este gasto.

Ese mismo día le responde el Consejo de Estado: «Hemos visto que no habéis respondido sobre los medios que habria para hacer

19. En cada una de las fechas que a continuación citamos hemos encontrado una o más cartas que nos han permitido reconstruir los acontecimientos. Todas están contenidas en el CODOIN, tomo XXXI, págs. 72-106.

desalojar a los enemigos y sus navios de los canales entre Anvers y Vergas, lo cual consideramos que será negocio luengo y de gran costa, a lo cual no vemos como podremos proveer todavía siendo este negocio de la inportancia que es. Pensaremos en que se haga todo lo que sea posible, y será bien que de vuestra parte vais también mirando y entendiendo todo lo que podrá servir al avanzamiento deste negocio», por lo que dan el permiso solicitado a los de Dargus y le encargan a él tome las medidas oportunas para que no sean molestados.

Malamente puede soportar Sancho Dávila a los señores del Consejo. Sus respuestas son siempre secas y siempre que le piden una decisión contesta que decidan ellos; y si el camino tomado no es el que él habría previsto, rápidamente les notifica su desacuerdo, como en este caso concreto. Dice ahora acerca de este permiso que es una medida contraproducente, ya que la gente del país, al verlo, no les ayudarán, pasándose al enemigo; viene a ser dicha autorización un fuerte golpe para Sancho, por ella tenía que soportar otra autoridad en el canal que no era la suya o la de su rey, además le desesperaba tener barcos y no poder disponer de ellos; teme que los enemigos consideren los hechos como el reconocimiento tácito de una impotencia: el no tener los españoles fuerzas o ánimos para echarlos del canal. Como él nada podía contra la opinión del Consejo, les escribe «y así suplico a VV. EE. sean servidos de ver lo que más conviene al servicio de S.M. y a la reputación... no obstante todo esto se ordenará a los marineros, hasta que VV. EE. provean otra cosa, y se obedecerá lo que VV. EE. por la suya manden».

El 26 ese mismo mes, Sancho tendrá muchas noticias directas del organismo rector de los Países Bajos. Es sobre un asunto que al Castellano de Amberes le resultará bastante desagradable y hará lo posible por soslayar, cosa que consigue, ya que su postura era radicalmente distinta a la del Consejo. Le notificaron que los amotinados se habían apoderado de Alost, «donde dejarlos mucho tiempo no conviene en ninguna manera al servicio de S. M., y para echarlos de allí es menester alguna artillería» para lo cual le piden relación y condiciones de la que en la ciudadela hay. Es fácil imaginar como sentaría esta carta a Sancho Dávila; le piden su artillería, si la entrega su fortaleza queda prácticamente desmantelada y,

por si esto fuera poco, para emplearla contra los españoles. Dos días más tarde, contestará con un razonamiento a través del que es fácil ver la decisión de no soltar ni una sola pieza. Explica que la que hay está en malas condiciones, que D. Luis de Requesens nunca quiso sacar ninguna, a pesar de que la necesitó en varias ocasiones y «también VV. EE., tienen entendido que el intento de S. M., es que esta plaza estuviese mejor guarnecida y proveída para la conservación della, lo cual le torno a suplicar sean servidos de mandar proveer». Para evitar que el Consejo empeore aún más la gravedad del motín y entorpezca su resolución, les dará unos consejos en los que antepone la necesidad del castigo, «más en la forma del castigo convendría mucho mirar en que fuera de manera que VV. EE. puedan alzar la mano siempre que quisieren y hallaren convenir al servicio de S. M. porque han acudido a mí algunas personas... que temen mucho podrían resultar... graves inconvenientes»

Con estas frases, Sancho Dávila demuestra, veladamente, el que no considera culpables a los de Alost en el grado en que los tiene el Consejo. Eran buenos soldados, el paisaje armado y las disposiciones del Consejo les obligaron a fortificarse. Nota que los hechos van a escapar de todo control y se dispone a salirles resueltamente al paso. Por autorización del organismo supremo de Flandes, se hacen levadas que Sancho no duda se pondrán en contra de los españoles. Para estar prevenido, Dávila concentra sus tropas sobre Amberes y ni un solo momento pierde el contacto con los amotinados de Alost, a los que ayudará bajo cuerda.

Han llegado noticias a Bruselas de que el Castellano de Amberes ha metido en prisión a unos que andaban comprando pólvora y arcabuces, pese a tener licencia para ello. El Consejo le ordena, el día 29, «de la parte de S. M.» que los deje libres y les devuelva cuanto le tomaron. Sancho responde que no se prendió a nadie ni se requisó nada. La política de los burgueses de Bruselas es clara: pretender indisponer abierta y claramente al Castellano con el Consejo.

Es curioso observar cómo en esta correspondencia siempre que uno, bien el Consejo bien Sancho Dávila se define respecto a una cosa y quiere imponer su decisión al otro, aluden constantemente a frases tales como «podría suceder gran desservicio a S. M.», «re

queriros y de la parte de S. M. ordenaros», «conviene al servicio de S. M.», etc. etc., es como si se trataran de demostrar que sus decisiones son las mejores para esa situación y momento y que siempre tratan del servicio del Rey, cosa que estaba sobreentendida en la misma razón de ser del Consejo. Estas alusiones son explicables en Sancho, que hacía la contra a un organismo superior a él, pero en el Consejo nos extraña. La razón creemos que radica en la personalidad de Sancho Dávila, hombre resuelto y enérgico, respetuoso de su Rey de las prerrogativas de éste y con grandes simpatías entre la gente de armas, con las que rápidamente se podía adueñar de todo. Por otro lado, la política del Consejo era débil, fluctuante, indecisa y totalmente confusa, consecuencia será el que no domine la situación y sea incapaz de hacerse respetar. La de Sancho, en cambio, es clara y decidida, siempre por su Rey, sin ninguna clase de concesión al enemigo; el pensar que Dávila les considere como a tales, podría ser otro resquemor de los del Consejo.

Visto el cariz que toman las cosas, Dávila empieza a pensar en plantearlas en el terreno de la fuerza. La concentración sobre Amberes está en marcha. El día 29 de julio escribe al Consejo una vez más y dice que han llegado a Amberes noticias de la alteración que hay en Bruselas, causada por el motín de los españoles, también sabe de la situación angustiosa en que se encuentra Mondragón en el norte, a punto de perderse por el abandono de parte de los soldados; que mantiene agitado al país «la alteración que entienen hay en Bruselas, y que tienen a VV.EE. presos de suerte que aún no pueden preveer ni negociar...» y entiende que la gente de armas irá sobre Bruselas o cualquier otro punto donde se encuentren para libertarlos, (volvemos a notar el ansia de guerrear de Sancho), advierte que teme se efectue en Amberes un trato con el enemigo, pues sabe que hay espías y están en contacto con los rebeldes, «y así suplico a VV.EE. manden dar orden para que aquí entren doscientos soldados más». Pide refuerzos para la ciudadela con el deseo de tener toda garantía a su favor y, quizás, justificar así la concentración de las tropas sobre Amberes.

El día 28 recibió la contestación al asunto de la artillería y de los españoles de Alost, no le hace al Consejo ninguna gracia las condiciones de la artillería en la fortaleza. Considera que los amotinados son dignos de cualquier castigo y a imponérselo de-

ben contribuir todos los soldados que se matienen dentro de la disciplina. Pero el emplear sus hombres contra españoles es algo que no está en la mente de Sancho, por lo que no hará ningún caso a esta carta.

Al mismo tiempo, las tropas españolas seguían pulverizando a cuantos los hostigaban, como en Wissenacken, en Dufel, en Liera, en Wachtem, etc. Obedeciendo la orden de concentración y repliegue sobre Amberes, la compañía de Alconeta, de arcabuceros a caballo abandonó su guarnición en Flandes, que tuvo que cruzar entero, «con más de mil hombres siguiéndola»; a las puertas de la misma Amberes se le oponen más de tres mil hombres, que son dispersados a arcabuzazos y espadazos, y Alconeta entra intacto. Sancho Dávila explica al Consejo que se acogió a Amberes «por su seguridad y viendo el país tan alterado y que han muerto ya algunos españoles, y también entendido lo poco que se puede probar para apaciguar todo esto, estando el Consejo detenido y preso en esta villa. VV.EE. sean servidos de proveer... lo que convendrá al servicio de S. M... pues todos los soldados... se emplearán en su servicio y en ponerlos en libertad». El deseo de liberar a los del Consejo podía ser perfectamente sincero en Sancho, pues, al fin y al cabo, era el representante de su Rey y no querría verlo en manos del enemigo; la marcha para libertarlos sería aprovechada para escarmentar a los burgueses y revoltosos de Bruselas, cosa que no ignoran los del Consejo y, por ello, lo frenan y niegan su condición de prisioneros..

Los desórdenes crecen. El pueblo y los rebeldes actúan más impunemente. El Consejo comunica a Sancho su sentimiento y disconformidad por abandonar Alconeta su guarnición y no se asombra del descontento general, acusando a los encerrados en Alost de ser ellos los responsables, pues los vecinos «veían que los... ordenados por S. M. se mostraban enemigos»; recomienda a Dávila que no haga «juntas de gente» y que no conviene correr el rumor de que ellos están presos allí, en Bruselas; sabe que Sancho y algunos otros hacen todo lo posible para que los soldados permanezcan en sus guarniciones y no produzcan alteraciones.

Tan pronto como Sancho se entera de la responsabilidad que cargan sobre los españoles de Navarrete, les explica la conducta de éste y los suyos al decirles que cuando se iban a avenir a ra-

zones, supieron que en el país se juntaba gente contra ellos y, en vista de esto, persistieron en su actitud, lo cual es explicable y comprensible; continua así: «Estoy bien confiado de que VV.EE., tendrán como dicen buena mano para acomodar este negocio según las Majestades del Emperador Carlos V... y el rey nuestro señor». Insiste en que ni él ni los que desean mantener al Rey pueden ver con calma el que permanezcan en Bruselas en semejante situación. Como las persecuciones y muertes de algún español aislado continúan, propone como único remedio el ofrecer un bloque unido. Las noticias que tiene de Holanda son vagas, lo único que sabe es el rumor de que vienen los de allí.

El Consejo le recuerda que no tome ninguna guarnición más en la ciudadela y que se conduzca contra los amotinados si ante ella se presentasen. La táctica del enfrentamiento del Consejo y Dávila por parte de los flamencos, se mantiene mediante alusiones a anomalías en cosas ordinarias y detalles sin importancia, murmuraciones, en definitiva.

Sancho pide dinero para sus hombres y para proveer las cosas necesarias, único modo de mantener fiel a la ciudadela. La armada está sin recursos de ninguna clase. Saca artillería de los barcos para reforzar la fortaleza. En Bruselas, la situación se agrava; como ya vimos, Jerónimo de Roda, Alonso de Vargas y Julián Romero están presos; era el 5 de agosto. Los tres españoles quedan totalmente incomunicados y su correspondencia es intervenida. Ante este nuevo atropello, Sancho quiere aclarar la situación definitivamente. Reune a los coroneles alemanes, el barón de Polviller y el de Fransberge, Carlos Fucar (Fugger) y Cornelius Van Erden, al maestre de campo Francisco Valdés, al comisario general de caballería, Antonio de Olivera, y al coronel Francisco Verdugo; redactan una carta para el magistrado de Bruselas a fin de que deje en libertad a los señores del Consejo y a los españoles, si no «dentro de pocos días iremos a procurar su libertad y la de la villa». El día que fijan como plazo es el 8, es decir, tres días más tarde al de la escritura de la carta.

Otra misiva sobre el mismo asunto y en términos más duros, redactada el mismo día, parece ser que el Consejo no se atrevió a entregar al magistrado. El Consejo responde con rapidez: «nos hemos maravillado infinitamente de que os metáis en cosas que no
Chronica Nova 7, 1972, 5-34

pueden sino causar nuevas trublas y movimientos por todo el país», desmienten el que tanto ellos como los tres españoles citados estén presos, «y lo que más nos hace maravilla de vuestro hecho es que sabiendo el lugar que tenemos aquí de la parte de S. M. por sus letras patentes y otras, os adelantéis a hacer juntas de guerra, sacándolas de sus presidios sin nuestro saber ni orden, ni advertirnos dello». Parece como si el Consejo se hubiese dado cuenta de que los militares están escapando a su jurisdicción para caer bajo la de Dávila.

Esta respuesta llenó de esturpor al Castellano y a sus compañeros; por escrito así lo hacen constar y siguen firmes en su idea de que los tienen presos, proponen una entrevista, que se celebraría en Wilebruck, el día 9 de agosto, para tratar de este asunto y de otros pendientes; Aerschot, el presidente, acepta en nombre de todos sus compañeros y acuerda enviar a ese lugar a dos o tres del Consejo, entre ellos un español, como expresamente exigían los militares. El día señalado, se encuentran en el lugar de la cita Sancho y sus amigos con Rosanguien y Jerónimo de Roda, a quienes entregan los siguientes capítulos:

«Que esos señores pongan guarnición en Bruselas de soldados viejos y no nuevos levantados, para que el Consejo sea libre y ellos puedan ir y venir libiemente a Bruselas a tratar con esos señores lo que se ofreciese por cosas de sus cargos; o en caso de que esos señores no sean servidos desto, que salgan en otro lugar».

«Que los levantamientos de gentes de guerra cesen luego en todas partes; y mediante esto y haciéndose lo susodicho, prometen que no se juntarán en este negocio de Bruselas sin orden del Consejo».

«Y también que en conformidad de lo que se les ha mandado, ellos harán todos buenos oficios con los amotinados para que se metan en razón»¹⁹ bis.

Los representantes del Consejo vuelven a Bruselas y transmiten a éste en pleno las condiciones de los jefes militares; la propuesta parece razonable a los miembros del mismo y prometen aceptarla, a cambio de lo cual piden que ellos, los militares, cesen en su actitud y no sigan reuniendo gentes de armas y que devuelvan cada guarnición a su presidio; explican que el levantamiento de levadas por parte de los naturales se ha hecho por su mandato. Pero éstas son tantas y tan numerosas que nada bueno pueden presagiar

¹⁹ bis. Vid. CODOIN, tomo XXXI, pág. 103.

y Dávila y los suyos siguen en actitud recelosa; protestan con decisión que su celo por comunicarse con el Consejo sea causa del aumento de fuerzas en el enemigo, ya que no se ha cometido ninguna alteración, pese a no tener pagas.

Sancho Dávila, que no ve muy diáfana la situación y no entiende la actitud del Consejo, desde principios de agosto actúa por su cuenta y se dispone a afrontar los acontecimientos a su manera. Varias cartas son prueba tangible en este sentido. Una va dirigida al Conde de Reulx, al de Lalayn, al de Roche y al barón de Hierges, entre otros caballeros, otra al Duque Enrico de Branswic (Brunswic), al de Cleves, al Obispo de Lieja y al Arzobispo de Cambray²⁰; a los primeros explica el motín de los de Alost, justificándolos; les habla de la situación en Bruselas y les dice que conviene estar unidos para un mejor servicio del Rey y «hacer masa de toda la gente que pudiéramos para poner en libertad a SS.EE. y los otros señores del Consejo». La otra tiene la misma tónica y al segundo de los destinatarios, por su prestigio en Bruselas, le ruega envíe a alguien con sus credenciales para que liberen a los presos.

Nosotros, en las cartas, vemos algo más que una exposición de hechos y una recomendación; los primeros son todos militares y, por ello, le interesa el tenerlos con él y contar con su apoyo; los segundos, son hombres importantes y se dirige a ellos con el deseo de convencerse de que las armas son el único camino que la levantisca conducta general permite, pues no duda de que, al igual que él, fracasarán en sus intentos de concordia pacífica y este fracaso los pondrá de su lado. En apoyo de la idea de que actuaba por su cuenta y que por todos era considerado como cabeza rectora, vienen unas cartas que más adelante analizaremos.

La difícil encrucijada.

Sancho, a pesar de los quebraderos de cabeza que le plantearon los Países Bajos y su Consejo, no se olvida ni por un momento del omnipotente rey español, su Rey. Le escribe dándole cuenta de los más mínimos detalles; el 29 de julio, desde Amberes, le comunica

20. Ambas cartas, vid. CODOIN, tomo XXXI, págs. 106-111.

que cuida de todo lo a él encomendado y demás asuntos que la situación ha hecho recaer sobre él²¹. Unas cartas suyas nos ofrecen un fiel retrato de este ambiente turbulento que en Flandes se respiraba²². Todos sus movimientos son conocidos en la corte madrileña; la situación del Consejo, la reunión de los militares y los artículos que enviaron a Bruselas, que tiene las tropas dispuestas para la liberación de dicho organismo y de los españoles. Expone todo ello a fin de recibir una orden muy ansiada: entrar militarmente a Bruselas. El rumor que llega a Amberes de que los españoles de la guarnición de Holanda y Zelanda venían hacia el sur, hacia Bruselas, resulta falso, pero en cambio están preparados y dispuestos a intervenir a la menor señal.

Tales acontecimientos tumultuosos no repercuten sólo en los españoles; traen también el desconcierto a los rebeldes que, faltos de una cabeza rectora con mentalidad clara, o de una personalidad decidida, son incapaces de sacar partido de la situación. La población en los Países Bajos estaba dividida en católicos y protestantes, ambos grupos en partidarios de Felipe y partidarios de Orange y estos subgrupos tenían, a su vez, transigentes e intransigentes; la masa amorfa iba de un lado a otro, zarandeada por todos. En medio de ellos se mantenían los españoles, dirigidos por Sancho, y, entre ellos, el tercio de Valdés, con Navarrete a la cabeza, resistiendo en Alost. La caballería en aquel momento era escasa y de postura dudosa; la tienen bajo su mando Alonso Vargas y Hernando de Toledo. Montes de Oca y Martín de Ayala guarnecían Maestricht; Alamos Maldonado era el castellano de Gante y disponía de ciento treinta soldados. Mondragón seguía muy comprometido en Zierikzee. Eran solamente seis españoles esparcidos por todo el país, excepto algunos que se concentraban sobre Amberes, pero constituían un mecanismo perfecto, presto a actuar tan pronto como aquella precaria paz saltara en pedazos.

El 12 de agosto, Juan Martínez de Cortabitarte escribe a Sancho Dávila desde Bolduque y le dice que, con autorización del Consejo, se levanta gente en dicha villa, lo que pone en su conocimiento

21. Vid. CODOIN, tomo XXXI, págs. 112-113.

22. Cartas a Luis del Río, doctor, y a S. M., escritas en Amberes entre el 1 y el 18 de agosto. Vid. CODOIN, tomo XXXI, págs. 113-120.

porque «como persona de quien cuelgan las cosas destes Estados ponga remedio»²³. La carta es significativa, pues, sin lugar a dudas, nos habla del prestigio de Sancho entre los españoles y del papel que éstos le asignan; ponen en él más confianza que en el Consejo. Nos confirma la idea, antes aludida, de que era la cabeza dirigente y el jefe reconocido por todos. Ese mismo día, sabe el Castellano que se levanta gente en Lieja y Aquisgrán, donde la venta y compra de armas es corriente y a precios elevadísimos²⁴. La designación de D. Juan de Austria ya es conocida y se espera su llegada.

Las noticias que recibe Gabriel de Zayas en Madrid procedentes de Amberes el 15 de agosto, nos muestran algo de optimismo y la confianza en salir airosos del trance. Sancho se permite bromear sobre la situación: «acá se procurará evitar toda rotura —dice— y tampoco creo nos dejaremos morir de miedo... templaremos las las velas hasta que aclare el tiempo y haya carta de S. M., o venga el nuevo gobernador... al fin les estamos en las entrañas de su país, aunque ellos parece las tienen malas»²⁵.

El duque de Alba, sigue al corriente y de cerca la situación flamenca y, ante los hechos, no puede menos que aprobar la conducta de su antiguo subordinado y amigo, quien le comunica sus inquietudes, pues ve que se está levantando en aquella tierra hostil un ejército numeroso y bien equipado, que será un gran inconveniente si se sitúa en contra, como parece presagiarse; el deshacerlo, llevaría tiempo y dinero, pues se necesitaría una campaña entera; la llegada de D. Juan es necesaria. Para seguir con las riendas en la mano, Dávila dicta una serie de disposiciones a fin de establecer un mejor control del país²⁶. Jerónimo de Roda, ya en libertad y repuesto en su cargo, ha de informar de todo a Madrid y envía un relato de lo sucedido entre Sancho y el Consejo. Las cartas que se cruzaron ambos, todo lo ocurrido y hecho es remitido a la península para que el rey hispano lo conozca al detalle por una información no interesada, como es la de Jerónimo de Roda²⁷. Alba y Zayas al

23. Vid. CODOIN, tomo XXXI, págs. 121-122.

24. Carta de Francisco Montesdoca a Sancho Dávila, desde Maestricht. Vid. CODOIN, tomo XXXI, págs.. 121-122.

25. Vid. CODOIN, tomo XXXI, págs. 125-126.

26. Vid. CODOIN, tomo XXXI, págs. 129-131.

27. Carta a S. M. y Zayas de 17 y 30 de agosto de 1576. Vid. CODOIN, tomo XXXI, págs. 133-136.

corriente de todo y simpatizantes con Sancho Dávila, el «Rayo de la Guerra», complementan de viva voz los detalles que Felipe no vé claros y éste aprueba la conducta de Sancho Dávila y reconoce que él ha sido quien ha solventado el peligro con la maestría de un profesional del gobierno; el que no aparezca ninguna censura ni reproche en la correspondencia posterior a esta información es muy significativo.

Orange, paralelamente a estos sucesos, no desvía su atención ni un instante de este laberinto político en el que los españoles se hallaban sumidos; ante lo alentadora que le resulta esta contemplación prepara la guerra abierta de nuevo. Encuentra buen elemento para sus fines en el joven, impetuoso e inexperto señor de Glimes, gran bailio del Brabante y de gran relieve, por su actuación decididamente antiespañola, en los sucesos de Bruselas al ser uno de los principales entorpecedores del Consejo y de los más ambiciosos políticamente; ahora soñaba rematar su labor en el campo de batalla con una resonante victoria sobre armas españolas, sobre los mismos españoles.

*De nuevo la guerra. La última campaña de
Sancho Dávila en Flandes.*

El 13 de septiembre de 1576, sale de Bruselas el señor de Glymes con mil infantes y quinientos caballos, ansioso de encontrar españoles a los que desbaratar; veinticuatro horas más tarde se encuentra con la columna de Alonso de Vargas, en la que iban Mendoza, Romero, Los Basta y Bautista del Monte; Wissenaken-Saint-Pierre, paraje sito entre Lovaina y Tirlemont, es el escenario del encuentro, Glymes queda materialmente pulverizado. Su acción fue la primera cometida abiertamente contra España e hizo saltar el tapón de aquél almacenamiento de energías que, especialmente desde la muerte de D. Luis de Requesens, se había producido. Guillermo de Orange se mueve activo y con acierto; sus maquinaciones hacen más y más inseguro el país para los españoles.

Gante es elegida por los rebeldes para la reunión de los Estados de Flandes, que se celebraría el 14 de septiembre, y en la que deberían estrechar su unión. La ciudadela de la villa estaba en manos de los españoles mandados por la esposa de Mandragón, tan re-

suelta y decidida como su marido, que espanta a cañonazos a quienes fueron a proponerle la rendición o el abandono. El 26 de ese mismo mes tiene el campo sitiador una poderosa artillería y veinte mil hombres; no obstante la ciudadela se mantiene hasta el 11 de noviembre fecha en que capitulan con todos los honores; salen por la puerta con todas sus armas, «mecha encendida y bala en boca», los veinticuatro soldados que quedaban hábiles, el teniente y la mujer que dirigiera la defensa; llevaban tras si un falconete que había sido toda su artillería durante el asedio.

Maestricht, en el mes de septiembre, es también escenario de hechos violentos. Martín de Ayala y Montes de Oca son arrojados fuera por los valones y tudescos del Conde de Eberstain. Vargas y Hernando refuerzan la guarnición expulsada y vuelven sobre dicha ciudad, escalan la muralla y se imponen a los tudescos, valones y vecindario.

Los de Alost se negaron a socorrer a los de Gante, pero no permanecieron inactivos; por su cuenta toman el fuerte de Laiderkkerke, cercano a Bruselas y con el consiguiente impacto en la capital. Gaspar Robles lo pasa mal en Frisia. Harlingen y Amsterdam siguen firmes. Pero la situación se puede resumir así: a fines de octubre de 1576, solamente una provincia, el Luxemburgo, permanecía fiel a España.

Los rebeldes comprenden que si quieren triunfar lo primero que han de hacer es acabar con la ciudadela de Amberes y su Castellano. Federico Perrenot, señor de Champagney, hermano del Cardenal Granvela y ahora enemigo de España abiertamente, indeciso e inconstante, inicia el asedio, trazando unas débiles trincheras. Una carta escrita por D. Luis de Requesens viene a demostrarnos lo acertado que andaban Sancho Dávila, al desterrarlo, y don Luis, en sus afirmaciones sobre este personaje. Dicha carta fechada cuando se aclaraban las posturas de Dávila y Perrenot, tras el «gran motín», dice así: «...Sancho Dávila (que sin agravio de nadie es el mejor soldado que V. M. acá tiene). Yo no le hallo otra culpa sino la pasión que tiene contra estotro, que cierta es grandísima; pero Champañi la tiene terrible contra toda nuestra nación... y habla... con tanta ponzoña, que ha hecho y hace grandísimo daño... yo no tengo por segura esta villa si V. M. no ocupa a Champañi en otra

parte»²⁸. La carta es bastante interesante porque nos muestra la fulminante reacción de Dávila contra el entonces gobernador de Amberes, allá en los amargos días del motín y el por qué Champagney, no entendiendo o no queriendo entender la política de D. Luis, se esforzaba en lanzar a éste contra aquél.

Pues bien, Champagney se encontrará con Sancho definitivamente ante la ciudadela. Para reforzar al primero, los Estados reunieron cinco mil infantes y mil doscientos caballos a las órdenes de dos Felipes, el de Croy y el de Egmont, quien se presentó además con numeroso paisanaje armado, inoperante a la hora de la verdad. Hasta el 3 de noviembre, Sancho se contenta con mantenerlos a raya, mediante unos cuantos cañonazos, bien administrados. Como nunca perdió el contacto con los de Alost, ahora éstos le corresponden y Champagney advertirá la comprometida situación en que podría verse.

Entre el castillo y la ciudad había una faja de tierra utilizada por los sitiadores para emplear el grueso de sus efectivos. Comenzarían a batir la ciudadela desde la iglesia de San Jorge y el Caballero. Cuando los de Alost saben estos sucesos, abandonan su refugio y vuelan en socorro de Dávila. Llegaron al mismo tiempo que muchos españoles de Maestricht. Antonio de Olivera con más españoles y alemanes, logró entrar en la ciudadela por un postigo, burlando a los sitiadores. Con todas estas tropas reunidas, Sancho disponía de unos cuatro mil hombres, frente a unos doce mil enemigos.

Desde el primer momento, Dávila pensará en salir de la fortaleza y dar la batalla fuera; ahora tiene fuerzas suficientes para planear el choque en la forma deseada y, para ello, envía al capitán Ortiz a reconocer las trincheras levantadas por el enemigo; cuando aquél vuelve con la información pedida se entera que eran fuertes y recias pero con algunas deficiencias. Antes del ataque, Sancho quiere que descansen y coman los últimos llegados, pero tantos éstos como el resto podían morir o cenar en Amberes por lo que Sancho decide luchar. Era el 4 de noviembre de 1576. Para la acometida

28. Carta a S. M. desde Amberes a 12 de marzo de 1575. Vid. CODDIN, tomo XXXI, págs. 30-31.

divide a la infantería en dos grupos, uno irá con Romero y el otro con el electo de los amotinados; la caballería saldrá a las órdenes de Alonso Vargas.

Salen con ímpetu incontenible; el empuje recae directamente sobre valones viejos que tras unos momentos de resistencia, flaquean, ceden y por último dan la vuelta; su ejemplo lo imitan los demás y así terminó el cerco de la ciudadela de Amberes. Tras desbaratar el campo sitiador, Sancho no detiene a sus hombres sino les deja continuen la persecución para exterminar totalmente el peligro. Con igual empuje que salieron de la fortaleza entran en la ciudad, siguen por las dos calles principales y desembocan en la gran plaza, donde se han refugiado enemigos en las casas del Magistrado, solidas y recias; desde ellas arrojan toda clase de objetos; los españoles les prenden fuego y así terminan con la resistencia.

Solo se salvaron unos pocos por el río, entre ellos el Marqués de Haute, incorporado al cerco, y Champagney. Son hechos prisioneros el Conde de Egmont y los señores de Capres y Coligny; entre los comerciantes hicieron un gran escarmiento. La ciudad fue saqueada y la matanza, horrible. Sancho pierde alrededor de doscientos hombres, entre ellos el electo Navarrete. Los esfuerzos de Dávila se encaminan a congraciar de nuevo a los españoles, cada vez más impopulares y odiados por sus hechos, con los vecinos. En realidad después de los tres días que duró el saqueo de la ciudad, en el que tomó parte activa el mismo populacho de Amberes y las tropas tudescas de Egmont, que desertaron del enemigo al ver el cariz que tomaba el combate. Los españoles vieron en el botín la manera de compensar la falta de pagas. Militarmente, el hecho es una salida victoriosa de una fortaleza sitiada. Políticamente, supone mucho; es el fracaso definitivo del plan que preveía la toma de Amberes, como golpe de efecto para que, tras ella, cayeran rápidamente por desmoralización hispana, el resto. Pero por otro lado, la «furia española» impidió la fructificación de cualquier intento de reconciliación. Los sucesos finalizaron al día siguiente de la llegada a los Países Bajos del nuevo gobernador, D. Juan de Austria.

Sancho Dávila y D. Juan de Austria.

D. Juan, por fin, ha llegado a Flandes. Felipe lo designó pensan.
Chronica Nova 7, 1972, 5-34

do que era la figura más popular en Europa, en aquellos momentos, por su reciente triunfo en Lepanto, por el de las Alpujarras y por su conducta campechana en los dorados días napolitanos. Su nombramiento caerá dentro de la línea pacifista y cuando D. Juan lo conoce, vendrá a la Península sin autorización, y después partirá hacia su nuevo puesto. Felipe II espera grandes cosas de su hermanastro, no vé imposible conseguir la paz y, dentro de esta creencia, está ordenar a Sancho Dávila que no se oponga si su hermano le pide que abandone la fortaleza, para lo que necesitará confirmación de la corte. En aras de la paz, estaba el rey dispuesto a sacrificarlo todo.

El 8 de noviembre se firma la llamada «*Pacificación de Gante*», que no sirvió para pacificar nada, sino para delimitar aún más las posturas, puesto que vino a ser como un programa de colaboración perpetua entre todas las provincias de los Países Bajos, menos Luxemburgo, que estuvo ausente. Encabezan el documento con el nombre de Felipe II, de quien reconocen la autoridad, pero proclaman la libertad religiosa y la expulsión de las tropas españolas. La pacificación fracasará.

El 9 de septiembre, Dávila recibe una carta de D. Juan. Dicha carta es una confesión de la política que va a seguir y muestra su postura al Castellano de Amberes, por quien no debía sentir ninguna simpatía. La opinión que Sancho merecía a Granvela pesaría probablemente, sobre D. Juan. Este, el 4 de agosto había escrito una proclama a Dávila para los soldados, que empezaba por «Mal aconsejados soldados»²⁹, con la que nada consiguió, y ahora le escribe en estos términos: «Hame dado, señor Sancho de Avila, mucha pena la revuelta que en Amberes ha acaecido y mucho mayor sería si entendiese que por causa suya, o de la gente española que ahí está, hubiese sucedido, porque la intención de S. M., y mía es que estos negocios vayan por diferente camino, y así he venido... para acomodarlos»³⁰; la carta sigue la misma tónica hasta el final, dejando ver que no está muy seguro ni de Dávila ni de las tropas españolas, a quienes hace casi responsables de todos los desórdenes.

29. ALMIRANTE: op. cit., t. II; pág. 288.

30. Carta escrita en Luzamburque. Vid. CODOIN, tomo XXXI, págs. 138-139.

El día 14 le contesta el «Rayo de la Guerra»; dicele que ha transmitido a todos sus deseos de que permanezcan quietos y en orden y que se alegra de su llegada. Jerónimo de Roda, como en otra ocasión, escribe al nuevo gobernador para aclarar, una vez más, la actuación de Sancho, quien al día siguiente comunica a D. Juan las fuerzas con que cuenta; la respuesta de éste, formulada el día 24 de ese mismo mes de noviembre, ha cambiado de tono; le dice así: «...agradézcole el cuidado que tiene de avisarme de lo que de ahí se ofrece, lo cual holgaré mucho continúe... recibiré mucho contentamiento que sobre todo me avise de su parecer para que pueda mejor tomar resolución en lo que habré de hacer»³¹.

La conducta de Sancho se vá aclarando y muy pronto D. Juan atiende sus consejos, pues aquél le advirtió que temía por su seguridad y éste le responde que envía por delante a Maestricht a Jerónimo de Roda, que había salido a su encuentro, pues él no cree, por el momento, oportuno acercarse a la ciudad y que actuará según le informe Roda. El hijo de Carlos V ordenó a Roda y a Dávila ayudar a restituir lo tomado en Amberes durante los últimos disturbios. Las demás cartas de D. Juan siguen el tono últimamente adquirido y tratan a Dávila con cortesía y respeto. Al conocer con detalle lo ocurrido comprende la valía de este castellano.

La llegada de D. Juan a Flandes dividió a los revolucionarios en dos grupos: uno, contemporeizador y otro, más avanzado, que predicaba la expulsión por las armas; a estos últimos, claro está, los dirigía Guillermo de Orange, quien tenía fuertemente asentado en Valenciennes a Jorge de Llayng, pero que se perdió en los últimos días de la revuelta. Balduino de Grave estaba en Cambrai. Los rebeldes rompen el dique de la orilla izquierda de Escalda, a la altura de Austrubel, para que pudieran navegar fuera del alcance de los cañones de la ciudadela de Amberes.

Los hechos de armas, no obstante la llegada del enviado regio, continuarán cierto tiempo aún. Valdés, con mil quinientos hombres y dos piezas de artillería, toma un fuerte que estaba en construcción cerca de Austrubel y Amberes. En Frisia y Groninga, los últimos islotes realistas son anegados. Gaspar Robles, Francisco Ver-

31. Cartas vid. CODDIN. tomo XXX, págs. 140-146.

dugo y Cristóbal Valdés quedan arrestados por tropas locales o mercenarias, desmoralizadas por espías de los rebeldes. El castillo de Utrecht resistirá con Francisco Hernando y Dávila al frente de cien hombres hasta que llegue la orden de rendición enviada por D. Juan.

Todo el mes de enero del año 1577 transcurre entre negociaciones por parte de D. Juan y de los Estados en busca de la paz; por fin, firman el 12 de febrero el conocido *Edicto Perpetuo de Marchen-Fammene*. En él se reconocía: evacuación en veinte días de todos los españoles, semitolerancia religiosa, reconocimiento de fueros y garantías y sumisión a Felipe II. Antes, el 9 de enero, se había ajustado la *Pacificación de Bruselas*, de mucha mejor suerte que la de Gante. Orange no participó en los tratos con el nuevo gobernador y no firmó ni aceptó ninguno de los compromisos establecidos. D. Juan de Austria pasó por Lovaina el 4 de marzo y con gran retraso, el 1 de mayo, hizo su entrada en Bruselas donde se le tributó un recibimiento desprovisto de calor. En cumplimiento del Edicto recientemente firmado, Utrecht recibió la orden de rendición, igual que Viennen, defendida por Tordesillas. Culemburg, encomendada a Ballo, corre igual suerte. Sancho Dávila no iba a ser una excepción; mucho trabajo debió costarle dejar su impresionante fortaleza, tanto que no quiso efectuar personalmente la entrega de poderes y tuvo que ser su teniente, Martín del Oyo, quien recibiera al Duque de Aerschot.

Los españoles se reúnen poco a poco y a últimos de abril salen hacia Génova, en Italia, gobernada por el Duque de Ayamonte. Dávila se despidió de D. Juan, pasó por Maestricht y al despedirse de él le dijo una frase profética, fruto de su experiencia y del perfecto conocimiento del problema flamenco: «V.A. nos hace salir de Flandes; acuérdesse bien que pronto se verá obligado a llamarnos»³². Efectivamente, poco después, D. Juan ha de apoderarse del

32. MIRAFLORES, Marqués de: *Vida del general español D. Sancho Dávila y Daza, conocido en el siglo XVI con el nombre de el Rayo de la Guerra, precedida de una Hojeada histórico-crítica de las tres principales cuestiones político-religiosas y sociales iniciales en dicho siglo*; Madrid, 1857; pág. 230. Miraflores sigue de cerca el trabajo de DAVILA Y SAN VITORES, J. M.: *El Rayo de la Guerra; hechos de Sancho Dávila sucesos de aquellos tiempos...*, Valladolid, 1713. Ambos trabajos son igualmente útiles para el estudio del personaje biografiado.

castillo de Namur y lanzará una angustiosa llamada a los Tercios.

La guerra vuelve a enseñorearse de los Países Bajos. Pero los hombres encargados de hacerla por parte española ya no son los mismos. Se prescinde de los servicios de Dávila, Romero, Mondragón, Vargas, Hernando y tantos otros que habían soportado el rigor bélico bajo el mando de Alba y Requesens y habían adquirido una valiosa experiencia en tierras flamencas. Los puestos más visibles del dispositivo español se encomendaban a hombres inéditos en aquellos lugares. Hubo, pues, un relevo completo, encubierto por las negociaciones que estipulaba la salida de las tropas españolas de los Países Bajos. En este sentido, el *Edicto Perpetuo* es un hito que marca el final de un período. Con él se cierra, sin éxito, una herencia recibida de los dos gobiernos anteriores. Fracasada la negociación, es preciso recurrir a las armas. La guerra tendría un nuevo planteamiento y para ella se eligen a hombres también nuevos. D. Juan de Austria preside el cambio.

Cabe preguntarse cuales fueron las razones de este cambio que ya se insinúa, como hemos señalado, en el documento de *Lo del Cardenal de Granvela*. ¿Respondía a una animadversión personal? ¿Se pensaba que esos hombres estaban ya agotados? ¿Se recelaba que su comportamiento a las órdenes de D. Juan de Austria no fuera el de desear después de la libertad de acción que habían tenido en los meses precedentes? ¿Serían un obstáculo para los fines de D. Juan de quien se esperaba un éxito semejante al obtenido en Lepanto o en las Alpujarras? ¿Venía exigido dicho relevo por la novedad que el hermanastro del rey quería imprimir a su política? ¿Era Felipe II, tan poco dado a la improvisación y deseoso de un final rápido y feliz, el que lo imponía? La bibliografía específica sobre las cuestiones flamencas pasa por alto este relevo y la documentación no nos ha dado a conocer la motivación de mismo. Probablemente, intervendrían, con más o menos fuerza, todas las motivaciones apuntadas.